

Un sociólogo de los intelectuales... a la luz de la sociología de los intelectuales

Alejandra Mailhe

CONICET / Universidad Nacional de La Plata

Al leer *Ensayos porteños* de Sergio Miceli (Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2012) caí en la tentación –casi inevitable– de pensar su itinerario intelectual y su obra a partir de su propio modelo teórico. Y esa tentación me arrastró a otras: a repensar el itinerario y la obra de Pierre Bourdieu (su maestro en Francia); a pensar comparativamente los modelos de ambos para entrever, en sus diferencias, las huellas de una posible apropiación desde la periferia. E incluso, a repensar mi propia condición de intelectual, reconociendo algunas variables que hoy condicionan mi enunciación.

Escribir sobre su obra en clave de sociología de los intelectuales es como aplicar el psicoanálisis para analizar a Freud. Ese objetivo me excede, y al menos por ahora sólo puedo señalar algunos trazos de su modelo teórico, algunas líneas de trabajo, algunas preguntas que me asedian desde la lectura de sus textos.

La relación de Sergio con la figura prestigiosa de Bourdieu se inicia antes de la dirección de su tesis doctoral en la École de Hautes Études en Sciences Sociales: a fines de los sesenta, Sergio traduce algunos de sus textos al portugués, y desde esa etapa piensa un proyecto intelectual propio, de largo aliento, aplicado a pensar la vida cultural de las élites intelectuales en Brasil. La obra de Bourdieu, aunque inicialmente haya ocupado un espacio “marginal” en la universidad brasileña de los sesenta (por el predominio de las teorías de Marx y de Althusser), irá adquiriendo una importancia creciente a medida que se desarrolle también la producción de Sergio.¹

Pero esta última no consiste en una mera reproducción del modelo bourdieciano, tanto por

la creatividad de Sergio como porque, tal como advierte el propio Bourdieu, las teorías migran sin sus contextos originales de enunciación, por lo que se someten a torsiones adaptativas, refuncionalizadoras, determinadas por variables sociológicas específicas. Aquí, un elemento clave de esa apropiación activa se vincula con la necesidad de Sergio de subrayar el carácter periférico y derivado de las élites dominantes y de los campos intelectuales latinoamericanos. En libros tales como *Intelectuais e classe dirigente no Brasil*, *Intelectuais à brasileira*, *Nacional estrangeiro* y en su último *Ensayos porteños*, Sergio reconoce que los proyectos intelectuales locales se someten a una doble dependencia: de los modelos de los países centrales, y de las pautas culturales de la élite dirigente local. Si Bourdieu, más centrado en el contexto francés, observa un campo intelectual con mayor consolidación de su autonomía, Sergio insiste en mostrar la recreación local de vínculos de dependencia respecto del Estado o de la política que demoran la profesionalización (fenómeno visible desde los “anatolianos”² hasta la cooptación de los intelectuales por el vanguardismo en la década del treinta).

Y si Bourdieu tiende a observar relaciones internacionales de mayor simetría de dominación (por ejemplo, cuando estudia la migración de modelos filosóficos alemanes hacia el contexto francés de posguerra), Sergio insiste en la particular complejidad de ese carácter dependiente, subrayando los efectos simbólicos específicos de cada importación. En este aspecto de la mediación adaptativa, parece jugar un papel importante la fuerte tradición local de la teoría de la dependencia. Sin embargo, si en textos clásicos como “As idéias fora de lugar” Roberto Schwarz sugiere, en términos generales, que esa importación permite una ganancia de prestigio simbólico para las élites locales, los trabajos de Sergio le dan una densidad sociológica más rica a ese concepto amplio de “prestigio”, porque insisten en poner en evidencia las funciones

¹ El interés por la sociología de la cultura bourdieciano puede verse al menos desde su tesis de maestría, un estudio pionero sobre las significaciones sociales de la cultura de masas, publicado bajo el título de *A noite da madrinha* (San Pablo, Perspectiva, 1972).

² Así por ejemplo, en “Poder, sexo e letras na República Velha”, uno de sus primeros estudios (de 1977, reeditado en *Intelectuais à brasileira*, San Pablo, Companhia das Letras, 2001), Sergio señala que, entre los premodernistas, el reclutamiento de las figuras, las trayectorias y los mecanismos de consagración –entre otros elementos– dependen casi plenamente de los grupos y las instituciones que ejercen el trabajo de dominación.

internas de legitimación que cumple cada importación en favor de los intelectuales que la ejercen, atendiendo a la inserción particular de cada modelo en el campo local, a los diversos agentes que intervienen como mediadores, y a las presiones sociales que ejercen una torsión adaptativa específica.³ Así, gracias al salto epistemológico que va de la teoría de la dependencia a la sociología de la cultura de Sergio, es posible entender con mayor precisión (por ejemplo, frente a la influencia pictórica de Fernand Léger sobre Tarsila do Amaral) cómo pesa no sólo el carácter asimétrico de ese vínculo, sino también la más sutil presión del mercado nacional –regido por un patrón de gusto conservador, propio de las fracciones cultas de la oligarquía regional–, condicionando la aproximación selectiva de Tarsila sólo hacia las obras estéticamente más convencionales del maestro francés.⁴

*

Pero esa no es la única innovación teórica de Sergio, porque sus trabajos definen una práctica interdisciplinaria que apela al análisis tanto de los itinerarios intelectuales como de las huellas que esos itinerarios inscriben en el contenido y en la forma de su producción cultural. En este sentido, quisiera destacar el esfuerzo de Sergio por trascender los límites de una formación sociológica clásica, para incorporar también herramientas teóricas provenientes de la crítica literaria y de la crítica del arte, atentas a interponer categorías de mediación, para evitar caer en determinaciones mecánicas de la estructura. Y aquí debe haber incidido el legado interdisciplinario de Antônio Cândido, marcado por una doble lealtad (por momentos, conflictiva) entre la sociología científica de formación y el ensayismo literario, y desde la USP (en cuyo Departamento de Sociología se ha desempeñado Sergio por años).

Aunque privilegie el análisis del contenido de las fuentes por sobre la “ideología de las formas”, Sergio no olvida señalar que los

recursos expresivos también implican connotaciones sociales (por ejemplo, que las limitaciones formales en la plástica de Tarsila o de Lasar Segall dan cuenta de esa negociación entre la experimentación y el gusto más retardatario de la élite local).⁵

La apelación al modelo teórico de Bourdieu le brinda a Sergio una base empírica desde la cual incursionar en el campo del arte sin correr el riesgo de recaer en los residuos ahistóricos de la crítica cultural ensayística. Aplicando los análisis de Sergio al propio Sergio, tal vez pueda pensarse que el bourdesianismo juega un papel estratégico clave en su itinerario intelectual, entre otras cosas porque parece instalarlo en una suerte de doble rebelión: contra los límites impresionistas y antimaterialistas de la crítica cultural y literaria pre-sociológica, aplica un método científico innovador que pone en evidencia las condiciones materiales que guían la creación.⁶ Y contra los límites más duros de la sociología uspiana, se vuelca hacia un campo poco explorado por esa tradición científica. La elección de ese nuevo objeto contendría entonces, en sordina, un ajuste de cuentas propio con respecto al ensayismo y a la sociología precedentes. Desde esta doble operación de ruptura pueden pensarse tanto sus confrontaciones más provocativas contra los puntos ciegos de la crítica literaria (en sus trabajos sobre Jorge Luis Borges, Carlos

⁵ Al respecto, véase *Nacional estrangeiro*, *op. cit.*

⁶ En este sentido, los análisis de Sergio permiten romper con mitologías construidas por la tradición letrada y aún vivas en la crítica de arte, en la crítica literaria y en la historia de las ideas “profesionales”. Para analizar a un grupo de literatos premodernistas o “anatolianos” (según la expresión acuñada por Sergio), “Poder, sexo e letras na República Velha” se abre con una ruptura explícita del clisé modernista que cristalizó a esa generación intelectual como un *impasse* de debilidad estética e ideológica entre el fin de siglo y las vanguardias (bajo el cual Sergio lee la intención de los modernistas de esconder el puente que ellos mismos trazan, en sus comienzos juveniles, con esas figuras del campo intelectual). En *Nacional estrangeiro* y en *Ensayos porteños*, entre otros textos, frente a figuras consagradas de la literatura brasileña (como Carlos Drummond de Andrade, Mário de Andrade y Oswald de Andrade), o de la literatura argentina (como Jorge Luis Borges o Ricardo Güiraldes), Sergio revela los condicionamientos económicos, sociales, políticos y culturales que rigen sus obras de manera solapada. Desde allí se desarma el discurso centrado en la “consagración ascética” a la alta cultura por parte de los letrados, y su supuesto “desinterés material”, vistos ahora como los últimos residuos aún activos de la teoría romántica del “genio” (proyectada tanto por los actores vanguardistas como por los críticos posteriores).

³ Por ejemplo en “Poder, sexo e letras na República Velha”, *op. cit.*

⁴ Tal como prueba Sergio en *Nacional estrangeiro. História social e cultural do modernismo artístico em São Paulo* (San Pablo, Companhia das Letras, 2003).

Drummond de Andrade o Mário de Andrade), como también su doble complementario: esto es, el estudio de las condiciones materiales que permiten que se consolide la sociología científica, precisamente en rebelión contra el ensayismo.⁷

*

Practicando una constante lectura a contrapelo de las fuentes, varios de sus libros demuestran el modo en que los intelectuales (en general, provenientes de familias oligárquicas en declinación) corresponden, conscientemente o no, a las expectativas (estéticas, gnoseológicas y políticas) dictadas por los intereses de la clase dirigente.

Rompiendo el mito vanguardista de la creación parricida, libre del peso del pasado, Sergio muestra que la experimentación de la vanguardia está modelada por una serie de factores sociales extraestéticos, que van desde la morfología social de los artistas hasta las condiciones locales de ejercicio del mecenazgo.⁸ Por eso para Sergio el modernismo es capaz de adoptar una postura estéticamente renovadora junto con una práctica política regresiva, para actuar en sincronía con la lucha cultural de los grupos dirigentes amenazados. Incluso la renovación estética está sesgada por los límites de gusto de la élite, de la cual la vanguardia no logra autonomizarse, dada la trama de compromisos y favores entre los modernistas y la clase dirigente paulista.

Esa hipótesis se extiende en la comparación entre las vanguardias del Brasil y de la Argentina. Por ejemplo, centrándose en los matrimonios respectivos de Ricardo Güiraldes y Tarsila do Amaral, Sergio demuestra que ambos pactos funcionan como asociaciones amorosas y de trabajo, brindando condiciones privilegiadas de patrimonio e influencias, para invertir con solidez

en carreras artísticas riesgosas. A la vez, aunque Sergio identifica algunos puntos de contacto, también subraya la mayor diversificación social del campo literario argentino, donde Borges, Güiraldes o Gironde, ligados a la clase dirigente, conviven con intelectuales del mundo popular, en general de origen inmigrante, en ascenso gracias a la expansión del periodismo y del mercado editorial.⁹

Esa matriz elitista que sesga la historia intelectual brasileña parece democratizarse recién con la consolidación de la sociología científica: cuando Sergio compara los itinerarios de Florestan Fernandes y Gino Germani (en sus *Ensayos porteños*), muestra que, sin disponer de capital cultural como para desempeñarse en el campo erudito tradicional, estas figuras convierten esa limitación en ventaja, al transformarse en defensores de la cultura científica en ascenso, enfrentando el estilo impreciso y elitista del ensayismo previo.¹⁰

En general, en sus análisis Sergio observa una serie de variables que le permiten sistematizar los perfiles intelectuales, midiendo (entre otros elementos) la posición individual en el linaje, las relaciones familiares, la profesión del padre, los desplazamientos, los diversos estigmas o *handicaps* sociales¹¹ y biológicos,¹² los estudios universitarios y el tipo de producción intelectual (ya que el valor simbólico de los géneros depende, en gran parte, de las condiciones materiales del mercado).¹³ Para Sergio, los estigmas o *handicaps* (con sus múltiples

⁷ Este tema vertebró el último de los *Ensayos porteños*, donde compara los itinerarios exitosos de Gino Germani y Florestan Fernandes, como la *História das ciências sociais no Brasil* (San Pablo, Sumaré, 1995, 2 vols.), dirigida por Sergio.

⁸ Especialmente en el caso de algunos "padres fundadores" (como Borges, Mário de Andrade y Carlos Drummond de Andrade), Sergio recupera las marcas sociales de las trayectorias y su incidencia en la producción intelectual, elementos borrados por la autfiguración letrada y por la tradición crítica que, en conjunto y con variantes, han compuesto el mito del "escritor nato".

⁹ Sergio analiza especialmente este aspecto en el artículo "La vanguardia argentina en la década del veinte", editado en *Prismas* (Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2004).

¹⁰ Sergio demuestra que ninguno de los dos cuenta con un capital económico y social apreciado en los espacios profesionales a los que arriban inicialmente, pero que logran una carrera académica exitosa precisamente porque sus *handicaps* se convierten en ventajas en una coyuntura particular.

¹¹ Como la enfermedad o la muerte del padre y/o las privaciones materiales de la familia.

¹² Como enfermedades o estigmas corporales.

¹³ Así, por ejemplo, para el caso de los modernistas de San Pablo, en *Nacional estrangeiro* Sergio subraya la separación genérica entre la producción de crónicas para la prensa masiva y la edición restringida, para un acotado círculo de lectores cultos, de los textos de experimentación vanguardista. Y en el segundo capítulo de *Intelectuais e classe dirigente no Brasil* (titulado "A expansão do mercado do livro e a gênese de um grupo de romancistas profissionais"), observa la consolidación de la carrera profesional del novelista junto con (y sobre la base de) la consolidación de un mercado ampliado del libro.

connotaciones sociales y psicológicas) tienen un peso privilegiado para bloquear el acceso a carreras ligadas a posiciones dominantes y determinar en cambio la inclinación por la carrera intelectual, socialmente identificada con disposiciones más “femeninas”. En la mayoría de los casos estudiados (los “anatolianos”, los vanguardistas Oswald, Tarsila, Carlos Drumond, Mário de Andrade, Manuel Bandeira, Lasar Segall, o los argentinos Borges, Güiraldes y Xul Solar, en el arco que va de entresiglos a los años cuarenta), la inversión en la carrera intelectual constituye una respuesta material y simbólica a la declinación del capital familiar de una fracción culta de la élite dirigente. Como parte de su desmitificación de la sacralización del letrado, Sergio demuestra cómo, en esa caída social, los intelectuales exigen el reconocimiento de un estatus peculiar, al erigirse en representantes del “espíritu” o del “gusto estético”, valorado como un bien privilegiado de la clase dominante, acaso como el único que todavía se conserva. Algunos de esos trazos simbólicos se observan incluso en figuras más ambivalentes como Lima Barreto, situado en una tensión desgarradora entre la clase humilde de origen y el mecenazgo de la élite (especialmente bajo el patrocinio material e intelectual de Afonso Celso).

Al atender a las particularidades de cada objeto de estudio, y a la vez descubrir reglas generales de funcionamiento del campo, Sergio enfrenta un doble desafío teórico: la generalización corre el riesgo de perder de vista la individualidad irreductible de cada caso, y el respeto por la individualidad puede impedir elaborar conclusiones genéricas. Frente a este problema, Sergio privilegia los trazos generales compartidos (para lo cual opera necesariamente una reducción de la complejidad de cada caso a un conjunto básico de conceptos comparables), pero también atiende a modulaciones específicas (por ejemplo, al contrastar los puntos de partida y las trayectorias de distintas figuras, dentro de un mismo grupo vanguardista (como en el caso de Oswald, situado plenamente en la fracción dominante, y de Mário de Andrade, que para afianzar su liderazgo de la vanguardia modernista debe realizar un gran esfuerzo de diversificación autodidacta).¹⁴

¹⁴ Véase *Intelectuais e classe dirigente no Brasil*, op. cit.

*

Para reconstruir los itinerarios intelectuales, Sergio analiza biografías, diarios íntimos y cartas, rompiendo con el efecto ideológico que esos géneros buscan provocar.¹⁵ Como en otros cruces productivos y originales entre psicoanálisis y sociología (de Roger Bastide a Fredric Jameson o Carl Schorske, por ejemplo), Sergio no olvida que las variables sociales y familiares se cruzan con la estructura de personalidad. Me parece que es especialmente aquí donde, apelando a verbos en potencial, Sergio reconoce (implícita y lúcidamente) los límites del método bourdieusiano, dado que las motivaciones sociales y psicológicas se articulan entre sí, formando ejes complejos y polisémicos de convergencias y compensaciones, difíciles de reducir a una única causalidad. Ese entrecruzamiento multidireccional se percibe, por ejemplo, en el análisis de la trayectoria juvenil de Borges en *Ensayos porteños*, donde una serie de *handicaps* psicofísicos¹⁶ y la fuerte inversión familiar en el capital cultural del hijo lo inclinan hacia una carrera intelectual (que incluye la renuncia temprana a formar una pareja, para evitar la dispersión de energías).

*

Varios trabajos de Sergio de la última década se centran en la operación comparativa. Al aproximar dos campos intelectuales vecinos e igualmente periféricos como los de la Argentina y el Brasil, su puesta en relación permite reconocer puntos de contacto y diferencias; ser más “irrespetuoso” (y, por ende, más libre) respecto de algunas interpretaciones canónicas del campo ajeno, e incluso desnaturalizar el campo intelectual propio, conduciendo a un saludable extrañamiento autocrítico frente a las tradiciones discursivas locales, introyectadas en la propia formación intelectual. Así por ejemplo, la dependencia del campo intelectual brasileño de los años veinte y treinta, respecto del Estado o la política, cobra relieve en contraste

¹⁵ Por ejemplo, desarticula la autolegitimación en las autobiografías que reelaboran poéticamente la juventud, apelando a la idealización de períodos poco documentados.

¹⁶ Como la tartamudez, el agravamiento de la ceguera paterna y el riesgo de la herencia del mismo mal.

con la modalidad argentina, más marcada por la expansión del mercado editorial.¹⁷

La comparación elegida por Sergio también resulta innovadora frente a cierta tendencia, dominante en la tradición crítica brasileña, a pensar el campo intelectual local de manera autocentrada, o en todo caso a partir de sus relaciones con Europa o los Estados Unidos más que con el resto de América Latina. En este sentido, recogiendo la perspectiva abierta en décadas previas por Antônio Cândido y Ángel Rama (entre otros), sus estudios perfilan una agenda de investigación muy rica y todavía incipiente. Para el caso particular del contraste Argentina/Brasil, entre otros trabajos de los últimos años, la historia comparativa de Boris Fausto y Fernando Devoto, el estudio de Jorge Schwartz sobre las estéticas de Oswald de Andrade y Gironde, los libros *Modernidades primitivas*, de Florencia Garramuño, y *Traducir el Brasil*, de Gustavo Sorá, la línea de investigación actual de Alejandro Blanco y algunos trabajos míos previos y actuales apuntan en esta dirección. Desde ya, esta lista es mucho más amplia y continúa creciendo.

*

Ahora bien; ¿qué tipo de recepción ha tenido la obra de Miceli en la Argentina? Evidentemente la vía privilegiada para su difusión en el campo académico local ha sido el Programa de Historia Intelectual de la Universidad Nacional de Quilmes. No es casual la edición, por este grupo, de varios de sus trabajos comparativos sobre las vanguardias argentina y brasileña, o su coordinación de los capítulos sobre el Brasil en la *Historia de los intelectuales en América Latina*, organizada por Carlos Altamirano. Gracias a un vínculo de años de intercambio académico y amistad con este programa –consolidado con la edición de sus *Ensayos porteños*–, varios de los “más jóvenes” pudimos leer sus textos, reseñarlos e incluirlos en programas docentes o como matriz teórica para la investigación propia. Además, gracias al

¹⁷ Tal como advierte Sergio en el capítulo “Vanguardias literarias y artísticas en el Brasil y en la Argentina: un ensayo comparativo”, editado en *Historia de los intelectuales en América Latina II. Los avatares de la ciudad letrada en el siglo XX* (Carlos Altamirano, dir., Buenos Aires, Katz, 2010).

programa de la UNQ también pudimos conocer personalmente a Sergio y disfrutar de su apertura al diálogo y a la discusión apasionados. En mi caso, también centrada en la comparación con el Brasil, aunque en un tránsito inverso y especular respecto del de Sergio (de la crítica literaria a la historia de las ideas y la sociología de los intelectuales), su obra me resulta especialmente estimulante, sobre todo por su actitud irreverente frente a los discursos críticos que encubren las condiciones sociales de la producción cultural.

A falta de distancia suficiente como para esbozar ese capítulo de la historia intelectual (que debería contar la circulación de los textos de Sergio y la formación de una red transnacional entre la USP y la UNQ gracias a estos vínculos), me animo a sugerir las huellas de sus trabajos en discípulos de ambas instituciones, incluso hoy con proyectos de investigación en común.

*

La solidez teórica de los trabajos de Sergio y la profundidad de sus análisis se miden también por las preguntas provocativas que se suscitan durante su lectura. Cuando señala que la vanguardia modernista prolonga una exotización del Brasil funcional a la ideología de la clase dirigente, o que el martinfierrismo argentino reelabora tópicos criollistas embanderados previamente por las élites reactivas frente al “aluvión inmigratorio”, podría contraargumentarse el carácter rupturista de esos mismos discursos, no sólo en su dimensión formal sino también desde el punto de vista ideológico (por ejemplo, porque tramitan una valoración innovadora del inconsciente, el cuerpo y la sexualidad, afín tanto a las culturas populares –legitimadas de forma novedosa–, como al nuevo paradigma epistemológico del psicoanálisis). Uno de los problemas parece ser entonces cómo destacar los elementos propios de la ideología de la clase dirigente y, al mismo tiempo, reconocer los desvíos e incluso las rupturas con respecto a esa matriz; cómo dar cuenta de los espacios intersticiales, marginales y contrahegemónicos en un mismo campo intelectual, en un mismo itinerario e incluso en un mismo discurso.

Los textos de Sergio bordean también otras preguntas teóricas interesantes: ¿cuáles son los límites de la sociología de los intelectuales, para iluminar el contenido de los discursos? ¿Cómo y cuánto es posible lidiar con las manipulaciones de sentido y los silencios que, en las fuentes, sólo

dejan entrever fragmentos de la subjetividad? ¿A partir de qué punto se vuelve imprescindible la colaboración del psicoanálisis para aprehender el cruce entre itinerario material y producción simbólica?¹⁸ ¿Cómo dar cuenta del modo en que la estructura de personalidad es moldeada por (e incide en) la ideología que habla *al* individuo?¹⁹

¹⁸ Por ejemplo, la elección familiar e individual del ascetismo, por parte de Borges, para garantizar el éxito de su inversión intelectual, debe haber implicado la intervención de factores psicológicos a los cuales la interpretación bourdieusiana no tiene acceso (y que tal vez explicarían mejor su rechazo de una alianza matrimonial dentro de la fracción culta de la clase dominante, a diferencia de Güiraldes, Tarsila o Gironde).

¹⁹ Por ejemplo, ¿en qué medida la homosexualidad de Mário de Andrade incide no sólo en la esfera de su intimidad, o en el borramiento de las marcas autobiográficas en sus obras, sino también en las inclinaciones ideológicas aparentemente más alejadas de la intimidad subjetiva (por ejemplo, en el establecimiento de un vínculo de empatía afectivo-libidinal con el “otro social”, como el entrevistado en la fascinación por el mundo popular y con el obrero, en algunos pasajes de *O turista aprendiz*)?

¿O cómo medir el papel de la creatividad, que permite la emergencia de lo nuevo...?

Frente a este tipo de preguntas tal vez sólo nos quede reconocer la complejidad de la subjetividad individual, de la realidad social y de los objetos culturales en tanto acontecimientos de lenguaje, y aceptar las derivas de una semiosis que no es posible agotar en un acto –siempre parcial– de interpretación.

Por eso celebro especialmente, en los trabajos de Sergio, ese constante entrever lo que está bajo el contenido manifiesto del discurso. Porque produce conocimiento desde y sobre los límites (de la sociología de los intelectuales, de la interdisciplinariedad y de la operación comparativa), y sobre un objeto doble (itinerarios y obras) cuyos vínculos por momentos resultan esquivos. Sergio sabe que hay un plus de sentido que evade la interpretación, así como puntos ciegos en la propia subjetividad y en el objeto. Y aun así se para en el borde del lenguaje, para descifrar algo de esa opacidad. □